

COEFICIENTE DE ASOCIACIÓN

FRANCISCO ALEMÁN PÁEZ

Benjamin Franklin afirmaba que "hay tres tipos de personas en el mundo: los inamovibles, los movibles y los que se mueven". Cuando Fran Alemán me invita a participar en la presentación de su nuevo libro, que yo conocía casi en el origen, estas palabras encabezaban el texto epistolar –o emailar, que todas las acciones han de encontrar su propio pulso semiótico y léxico- de su solicitud siempre precisa. Eran palabras labradas con el acero de la emoción y el cuño secular de la ironía. No era posible un no como respuesta. Fran sabía que no podía ser de otra manera, porque –quíralo o no- he sido siempre incapaz de negarme a la afección de los amigos, sobre todo cuando compartimos ideas más que ideales, en los que creo parcamente, no porque sean pasiones inútiles en sí mismos sino porque son estériles quienes se atreven a servirse de ellos en contra de otros ideales.

Nadie mejor que el propio poeta para explicar lo que van a encontrar ustedes en *Coefficiente de asociación*, razón extraída de esa necesidad –como apuntala Alemán- que todo ser humano tiene de asociarse “en un pequeño gran mundo de afectos”. Escuchemos sus palabras porque son esclarecedoras y bastarían para evitarle mis enojosos puntos de vista críticos y académicos: “Al adentrarte en estas páginas encontrarás varios testamentos ológrafos (...): enjambres de palabras convertidas reconvertidas en versos, poemas que enredan sus letras entre trazos pictóricos, recortes periodísticos, fotos en color, sepia y blanco y negro, meta-reflexiones, rapsodias musicadas, pequeños montajes de video... Mimbres todos de una cesta performativa donde confluyen dos eternidades, dos corrientes que arrancan del pasado más remoto con pretensión de caminar hacia el más remoto futuro”. En definitiva, todo lo que yo puedo explicar no va a ser más que una ampliación aburrida de estos contenidos esenciales.

Alguien dijo alguna vez que nacer en Córdoba imprime carácter y probablemente sea verdad, como lo imprimirá nacer en Roma, París, Lanzarote o la hondureña Tegucigalpa, aunque el autor de aquellas palabras infundiera a su voz un claro sesgo literario. Francisco Alemán nos cuenta en su biografía

novelada que nació en Córdoba, allá por el 63, todavía hoy un mozalbete, y ese nacimiento le procuró también “un estigma de reposo con sabor a siglos y rumor de calles estrechas y empedradas”. Bendito tú que sientes en tu sangre memorias tan dulces. No sé si muchos cordobeses se han parado a pensar alguna vez sobre este sentir telúrico más que patrio, vocablo empapado de cierto aroma obsolecente. Más evidente es, en su perfil de doñeador romántico, ese “sabor a sal y rumor de olas suicidas que cumplen su destino acantiladamente” (adverbio sinocal y escurridizo), atrayendo sin recato a nuestros oídos mórbidos esa fuerza mágica de las Islas Canarias, poderosa, irreducible, tuya, donde quedaron las huellas grabadas de tus zapatillas de atleta y los amores rotos de adolescente viejo –y algún día nos explicarás el porqué del rechinante y paradójico adjetivo-.

Sus primeros contactos poéticos fueron casi los de todos, porque –sin restarles un ápice de mérito- parece que no existen en la inconmensurable riqueza de nuestra historia literaria más poetas que Machado (Antonio, por supuesto), Miguel Hernández –uno de mis favoritos- o los apofánticos del 27: Lorca, Salinas, Cernuda, Alberti y –es evidente- también Dámaso con su lancinante pesimismo.

Es curioso, sin embargo, lo que señala Fran en su casi diario novelesco, que he leído con embeleso industrial. Que junto a los inefables –e indiscutiblemente clásicos- del 27, leyó estrofas sueltas de la generación del 98. Deberá referirse, sin duda, al eximio Unamuno, cuya poesía dura como la piedra berroqueña rezuma un indisimulable temblor; o al esperpéntico Valle Inclán, proclamando en *La pipa de Kif* su caricaturesca y real abulia contra el mundo. Los animo a releer esos versos entre donjuanescos y satánicos, blasfemos y altruistas, atemperados por la ironía y el decadentismo, asociados tal vez a la violenta sátira que subyace en el lenguaje de Quevedo; y se acercan curiosa y peligrosamente a la simbología, el cromatismo, las sinestesias y el exótico léxico del Modernismo, al que los hombres del 98 habían declarado la guerra abiertamente y descaradamente copiaban. Y me refiero a estos autores, con los que Alemán se emparenta en rasgos y pensamiento sociológico, porque lo de Antonio Machado ya lo sabemos y nada debe Fran al verso nunca sañudo sino más bien amable y ocurrente del sevillano. En mi larga vida profesional –si

podemos, sin carcajearnos, comparada con el universo, llamar larga a nuestra vida-, en mi experiencia docente y vital –itero- me he encontrado con dos posturas contrarias frente al buen poeta. Los que, como Fran, llegaron a él por accesible y sólo más tarde penetraron en su profundidad; y los que impresionados, en la primera lectura, por su sobriedad festiva poco a poco fueron alejándose de él, cuando intentaron profundizar sin fruto en la misma motivación que los atrajo.

Como ocurre en todas las épocas, sobre todo en las de crisis virulentas y no es menos grave esta que nos ocupa, los escritores optan por entrar a saco en los problemas de su tiempo (recuérdese Quevedo, Unamuno, Blas de Otero) o bien salirse por la tangente –que no es menos osada la estrategia- al modo de Góngora, Rubén Darío o Luis Rosales. Fran no declina ninguna de estas posibilidades. Porque en definitiva, como hablábamos, Quevedo y Góngora utilizan los mismos recursos (Los retaría a distinguir a un poeta de otro), se forjan en el mismo yunque, aunque después restallen con bronce muy distintos.

Algún autor ha dicho que la literatura española de este tiempo podría entibarse sobre dos claves básicas: el humorismo y el lirismo. También es ambos casos nos enfrentamos al mismo hecho humano y sociológico: la no aceptación de la realidad que nos embarga. Un ofuscante –no entiendo por qué la RAE no termina de admitir este adjetivo para referirse a lo que causa ofuscación- y enajenante marco social, político, cultural o filosófico fermenta inexorablemente un modo distinto de concebir la existencia: Así nos encontramos el culteranismo de Góngora, el oscurantismo goyesco, el cubismo picassiano, el club de los existencialistas con Sartre a la cabeza, la escritura mecánica y el pensamiento surrealista de André Breton, el sentimiento trágico de Miguel de Unamuno o el nihilismo antropológico de Nietzsche y Schopenhauer.

Les aseguro que no voy a hacerles perder su tiempo relatándoles la azarosa y ardua vida literaria de nuestro poeta y, mucho menos, su actividad como profesor universitario porque no existe *deus ex machina* que sea capaz de poner fin a tanto azar o desafuero, aunque les aseguro que una y otra son

sumamente alucinantes. Sólo algunas anotaciones finales que nada aportan al contenido del libro, donde se plasma con el vértigo de la emoción y las pulsiones de la turbación (con o sin manos) la desazón del amor con todas sus peculiares sinrazones, de lo que es magnífico exponente el texto penúltimo, “Coeficiente de correlación (r)”, un conmovedor poema en prosa, *in extremis* de su creador, el inimitable e imitado simbolista Charles Baudelaire, precursor de una larga tradición literaria que cuenta entre sus filas con tan sorprendentes contemporáneos y seguidores como los franceses Mallarmé, Verlaine, Rimbaud, Claudel, Cocteau, Eluard, Breton; los españoles Azorín, Unamuno, Juan Ramón, Salinas, Alberti, Guillén, Aleixandre, Cernuda; y los iberoamericanos Rubén Darío, José Martí, Asunción Silva, Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Juan José Tablada, Vicente Huidobro y Pablo Neruda. De Juan José Tablada, Francisco Alemán extrae el complejo entramado de metáforas al modo de los ultraístas y los originales caligramas que Guillaume Apollinaire componía en tándem en las verdes regiones de Francia, y cultivó Huidobro hasta convertirse en el creador y exponente del Creacionismo, al que se unieron Pierre Reverdy en Francia y Gerardo Diego o Juan Larrea en España. Empapado de César Vallejo, émulo de Neruda, secuaz de Benedetti y enamorado hasta la saciedad de Ángel González (de su poesía, no entremos en escabrosas disquisiciones), Francisco Alemán, estrambótico y dulcemente triste, es un poeta ecléctico de todas las vanguardias, hasta las más sagradas y voraces. Atrévase a negar el broquel barroco de estos versos:

Cuando la sombra sea más sombra
o el alma sea carne antes que alma
podrá acercarse, cóndilo, en forma de sí.
Dará sentido a fuerzas contenidas
que aguardan ópticas
en el vértigo de los días.
Permanecerá entre nosotros
entre la vida, haciendo
cómodos los momentos
que vuelven anclados/ del futuro
(...)
Pero una tarde –siempre una tarde-

vendrá una brisa hasta la mente que el corazón dormita
y retará el retorno hacia otras sombras”.

Barroco que fluye desde Calderón a Bergamín, dejando en Apollinaire el misterioso enigma que marca a fuego en cada uno de nosotros la insoportable levedad de ser humanos: “l’ombre de l’ombre que je suis” para morir, finalmente, en París con aguacero. No olvidemos que muchos de los poemas de Fran Alemán llevan impreso el sello de Gertrude Stein, la norteamericana parisina, amiga y mecenas de Hemingway, Picasso, Gris, Braque, Apollinaire y Matisse, quien confesaba que quería ser rica pero no a cambio de hacer las cosas que hay que hacer para serlo. Su obsesión por llevar a la literatura las abstracciones del cubismo la llevó a crear un estilo con nombre propio, el litismo, basado estructuralmente en la repetición de palabras, cuya aspiración es crear una tautología verbal o retórica que algunos considerarán obvia, vacua, inane o redundante pero esta aparente pleonástica espontaneidad o falta de corrección articula una cosmovisión enfática, cuya función, más que referencial instructiva, es la de reforzar la olvidadiza y caduca memoria.

Conocí a Fran en el año 2003, cuando presentaba su primer libro *Trazos de Aire*, en el que ya perseguía y lograba el objetivo de acompañar el lenguaje literario con mensajes visuales, pictóricos y fotográficos, conduciendo al lector por un paisaje inexplorado en el que fluctuaban e interactuaban todas las sensaciones, creando un ámbito naciente que edificaba una novedosa experiencia poética sobre la palabra escrita. Entonces supe que habría de conocerlo y ser su amigo. Aquella voz poderosa, intensa, marcada por el instinto poético tendría que ser el revulsivo de una incapacidad trágica para recuperar el reciente pasado y alcanzar el lejano futuro. No me equivocaba. Aún no se ha cerrado este vinculante síndrome del eterno retorno que vislumbra una nueva y necesaria era para la poesía. Sólo ocho años nos separan de aquel primer experimento, crisol de vanguardias en odres renovados. Su capacidad creadora sigue fluyendo intacta, interactiva. Y este nuevo *Coefficiente de Asociación* es el más contundente ejemplo de creatividad y avanzadilla. Palabra, imagen y música penetran por nuestros sentidos performativamente (no me he podido resistir a seguir creando adverbios extravagantes). Has cumplido cidianamente

(otro para el acervo y que el rayo no cese) arrancando cabezas de moros y cristianos; y espero –esperamos- que tu voz siga siendo anuncio de progreso, de fresco oxígeno, de ingenioso arrebató.

Y termino: Alemán define su iconoclasta libro como una especie de cuadratura del círculo o caja de Pandora donde se mezclan diferentes esfuerzos y disciplinas plásticas, de los que surge naturalmente un algo inusitado: El misterio de la creación que Alemán pretende prodigar como maná bíblico, a costa de luchar contra las tempestades, que es –supongo- a lo que se referirá cuando afirma temer que este "maridaje" pueda despertar las críticas de sus compañeros de Córdoba. ¿Y desde cuando le importan a usted las criticas de nadie? ¿O sí? Tal vez no es tan fiero el león como lo pintan.

Su fin es claro y solidario: "Persigo que la gente pueda escuchar poemas, ya que no tiene tiempo de leerlos". Seguro que lo conseguirás, porque tienes redaños y actitudes, porque la creatividad exige riesgo e imaginación y los pacatos nunca han conquistado el mundo. El problema, compañero, es saber a quién le interesa cambiar lo establecido. Lamentablemente siempre estarán los inamovibles para mover a los movibles impidiendo moverse a los que se mueven. Tú, sigue irreductible, lúcido, en tu alocado empeño por transformar el mundo. Aunque no lo consigas, por lo menos tendrás la conciencia un poco más tranquila y harás pensar a los que nos sucedan sobre el valor de la osadía frente a la inercia, las componendas y el conformismo, porque, amigo, grato amigo, a veces, no demasiadas veces ocurre "una frase oportuna/ salvífica de un tiempo intransigente". A veces, pocas veces, pero ocurre un abrazo que ensambla, unos dedos que buscan, unos labios que esperan; y a veces, muchas veces, casi siempre nos aturde "el hambre de la vida que aguarda". Enhorabuena.

Manuel Gahete.